

SOBRE LAS HUELLAS DE JORGE CARRERA ANDRADE

Galo Galarza

Todos los días camino sobre las huellas de Carrera Andrade. Todos los días entro en el apartamento que ocupa la Embajada del Ecuador en París, situado en el número 34 de la avenida de Messine, en el barrio 8, donde él trabajó entre 1964 y 1966. Todos los días veo el escritorio donde se sentaba, los libros que tenía en su oficina, la pequeña esfera del mundo que ocupaba un lugar en su mesa de trabajo y que le proyectaba la imagen de todos los países donde había vivido o viajado. Tal vez mirándola, una tarde de otoño del año 64 o 65 del siglo pasado, escribió versos como: «Mundo, vuelvo a contar tus pájaros veloces / desde la tumba azul de mi ventana...».¹ O «Amé nuestro planeta. / Me nutrí de países y de climas. / Yo era fuego encendido en un segundo, / era amigo del hombre y del caballo, / era la libertad buscando patria, / era la patria andando hasta ser libre».²

Pienso (o me imagino) que esta esfera del mundo era para Carrera Andrade, como lo es ahora para mí, una especie de «loro de Flaubert», es decir un objeto necesario e imprescindible para vivir y para escribir. Desde nuestras celdas y tumbas azules esta pequeña esfera le dio, seguramente, como ahora me da, la sensación de libertad que perdimos. «Mi trabajo se trueca en dos ventanas / a la calle, en diez metros de terreno, / en un plato de luna cada noche / y un bostezo de cántaros vacíos // Todos los días para mí son lunes: / siempre recomenzar, pasos en círculo / en torno de mí mismo, en los diez

1. «Libro del destierro», canto I, de *Misterios naturales*, París, Ediciones du Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques, 1972.
2. *Ibid.*, canto IV.

metros / de mi alquilada tumba con ventanas». ³ La esfera del mundo y las decenas de libros que desde las repisas de madera y vidrio le miraron (me miran), le ayudaron, como ahora me ayudan, a no morir en medio de trámites insulsos, intrigas de burócratas amanerados y perversos, visitas de seres destrozados que buscan un camino hacia la gloria o hacia la nada, encuentros con comerciantes de gusanos o sombreros, almuerzos y cenas con señoras y señoritos en cuyas lenguas crecen pájaros destripadores y, cómo no, encuentros con la misma muerte (que suele vestirse a veces de caballo desbocado, de muchacha transparente, de mano en cuyo vértice crece un revólver o una daga).

Mi trabajo se trueca en una calle
vendedora de rostros por hileras,
entre casas que saben de memoria
el color de las ropas y las nubes.

Inspector de ventanas
me pierdo por la calle de los signos:
Cada día es un viaje de ida y vuelta
hacia ninguna parte, hacia la noche⁴

Pero, aparte de la esfera y los libros, hay otro elemento especial que debo mencionar en este tránsito por las huellas de Carrera Andrade; se trata del parque Monceau, uno de los más bellos de París, situado a pocos metros de la Embajada. Ese parque que es hermoso en todas las estaciones, pero particularmente en el otoño, ese parque donde también venía con frecuencia Juan Montalvo (cuya vivienda, en la calle Cardinet queda a pocas cuadras). Ese parque lleno de estatuas de poetas, de pájaros, de bancas y de niños transportados en cochecitos por sus preciosas madres.

Ese parque donde hay estanques de patos verdes y pagodas. Ese parque donde no pueden entrar ni perros ni canallas. Los perros por estar expresamente prohibidos, los canallas porque son desafectos a la belleza. Ese parque nos salva a todos los hombres que habitamos permanente o temporalmente esta ciudad. Sus árboles centenarios, sus jardines y sus flores desnudas nos vuelven humanos de golpe, nos hacen comulgar con la naturaleza, nos desintoxicar del humo de los autos y de la estupidez de los hombres. Ese parque le salvó al poeta, estoy seguro, como ahora me salva.

En esta celda azul o dorada, con la mirada pétrea de otro poeta muerto a mis espaldas (el busto de José Joaquín de Olmedo fabricado en yeso por Mi-

3. «Transformaciones», de *Familia de la noche*, París, Ediciones de la Librería Española, 1953; 2a. edición, París, Colección Hispanoamericana, 1954.

4. «Transformaciones», *ibíd.*

chelet), invoco la presencia de Carrera Andrade y escribo: «Si es verdad lo que digo en estas páginas, poeta, mueva ese lápiz» y el lápiz, claro, se mueve. Y para que se me acabe de una vez por todas la incredulidad digo: «Si está aquí, maestro, mueva la esfera» y la esfera, claro, se mueve.

Si creyera en fantasmas, patentaría ahora mismo el miedo, pero más creo en la fuerza de la energía que nunca muere y en la gloria de los poetas y por ello no hay ningún temor ni angustia en esta invocación que a la final solo es un volver a caminar con la imaginación (que todo lo puede) sobre los pasos de uno de los grandes poetas ecuatorianos del siglo XX.

Pero volvamos al parque Monceau del cual hablábamos, y concluyamos que tal vez en este parque, en esta banca donde ahora me siento, sacó Carrera Andrade una libreta de apuntes, una estilográfica y trazó estos versos espléndidos, cercanos a los haikus japoneses: «Un solo pájaro / sobreviviente / vuela al socorro / del jardín yerto bajo la nieve / y salva apenas / una hoja verde». ⁵

En este parque o en otro o en una calle abierta o en un café humeante, eso que importa ahora, seguramente encontró a la mujer francesa (Jeannine Ruffier) quien llenó su vida y le transmitió toda esa sabiduría y ese amor que solo pueden transmitir las mujeres de esta tierra. Ahora ella vive en el sur de Francia. Debe tener cerca de noventa años.

Levanto el teléfono (en estos tiempos posmodernos los teléfonos se han vuelto prolongaciones de los brazos) y tengo la fortuna de que me conteste ella misma. Le hablo directamente en español y siento una emoción de su parte, tal vez la misma que siento yo al oírla después de mucho tiempo. Se agita. «Estoy muy enferma, dice, ya ve que casi no puedo hablar». Le digo que estoy escribiendo este artículo y que quisiera que me responda un par de preguntas, las mismas que le enviaría por correo. Me dice que eso es inútil, que ya no puede leer ni escribir, sin embargo está plenamente lúcida y habla un español casi perfecto. Me atrevo a murmurarle un par de preguntas, las de siempre, las de cajón. «Fueron los años más maravillosos de mi vida los que pasé con Jorge», dice. «Y amé mucho al Ecuador. Amé mucho al Ecuador», repite. Debe haber sido una mujer bella, aún de anciana conservaba, cuando la conocí hace un par de años, ciertos rasgos preciosos. Y su risa es un encanto. Esa risa que a los noventa años todavía suena detrás del auricular como si fuese un cántaro de agua, una promesa. Carrera Andrade le dedicó estos versos, entre otros muchos poemas de amor:

5. «Quipos», canto III, de *Vocación terrena* (1972).

Te amé mujer de manos laboriosas
 creadoras del mundo de mis sueños.
 Me trajiste la sal la luz de las naranjas
 un tiempo más dorado que un domingo sin nubes.
 Tus manos construyeron palacios en la niebla
 terrestres paraísos amueblados
 con espejos de cielo armarios de tesoros.
 Tus manos me ofrendaron las viandas y los frutos
 del país de la dicha.
 Tu amor fue más alado que el rocío
 sobre un jardín del trópico.
 Te amé te amé mujer mi dios doméstico
 y te amaré hasta el día
 en que se apague el fuego
 y los últimos pájaros emigren para siempre.⁶

Y si la esfera del mundo, los libros, el parque Monceau, la mujer amada eran todavía insuficientes para desintoxicarse de tanta papelería inútil, de tanto periódico sangrante, de tantas venias de conveniencia, de tantas burlas de monosabios y afectados maricas, de tantas maldiciones de dictadores tropicales ávidos de condecoración y halago, de tantos acreedores que reclamaban por una tubería rota o una pared huequeada, quedaba la ciudad, esta ciudad de piedras milenarias; el río que la atraviesa entera (y que en su tránsito siempre renovado lleva secretos de suicidas y batallas); y las nubes que la cubren. Cuánto amó Carrera Andrade las nubes. Cuánto significado tenían para él. En su libro *Viaje por países y libros*, dice: «Las nubes han dado al hombre el sentimiento del más allá y de lo desconocido, quizás en mayor grado que cualquier libro de metafísica».⁷

Quedaba la ciudad, digo, como un refugio o como una enredadera. No la parte de esa ciudad adonde llegan los «snobs» de nuestras pobres patrias a hospedarse en castillos y sentirse reyes por una noche o a codearse con dos o tres condesas de cogote peludo y propiedades embargadas y sentirse, los muy imbéciles, «nobles europeos» o a comprarse tres trapos de temporada y regresar, deslumbrantes y bamboleantes, a pasearse por las calles atestadas de niños miserables y de mujeres esclavas quienes los miran como a dioses, semidioses o astronautas, para utilizar el título del buen amigo Nicolás Kingman. No. No a esa parte de la ciudad donde llegan los turistas asiáticos con veinte trípodes y cámaras para captar en fotografías desastrosas su «histórico paso por la ciudad luz» en la que se los ve comiendo hamburguesas junto a la torre Eiffel o

6. «Libro del destierro», canto XV.

7. Citado por Darío Lara en *Memorias de un testigo*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1999.

palomitas de maíz en el Museo del Louvre en donde para ellos hay solamente un cuadro: la Mona Lisa. Me refiero a esa ciudad secreta que solo se enseña a quienes verdaderamente la aman o la sufren:

La ciudad me cautiva, red de piedra.
 Las calles se persiguen,
 se congregan en torno
 de las plazas de sol, grandes tambores
 forrados con la piel
 de cordero del cielo
 ¿Soy ese hombre que mira desde el puente
 los relumbres del río,
 vitrina de las nubes?⁸

Una ciudad a la cual el poeta, por cierto, conocía aún antes de mirarla:

Las calles de París nos son conocidas
 aunque no las hayamos visto nunca.
 Arco del Triunfo
 Parado en cuatro patas con su carga de historia.
 Los pájaros de Notre Dame son relieves con alas.
 En la ruleta de la Concordia
 aposté al cero de la luna mi esperanza.
 Un domingo al salir del Louvre
 Descubrí que el hielo es la estatua del agua⁹

Una ciudad a la cual nunca dejó de cantar:

Te vuelves vegetal a la orilla del tiempo.
 Con tu copa de cielo redondo
 Y abierta por los túneles del tráfico,
 Eres la cieba máxima del Globo¹⁰

Y cuando ni la esfera ni los libros ni el parque Monceau ni la mujer amada ni la ciudad ajena ni las nubes eran suficientes para calmar esa herida, ese vacío de todos los desterrados, de todos los que vivimos en «el país del exilio» (donde existe un desierto vasto como el tiempo), quedaba entonces, como úl-

8. *Hombre planetario*, Bogotá, Ediciones de la revista *Mito*, 1959.

9. *El tiempo manual*, Madrid, Editorial Literatura Pen Colección, 1935.

10. «El hombre del Ecuador bajo la torre Eiffel», citado por Darío Lara, en *Memorias de un testigo*, tomo II, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1999.

timo refugio, el Ecuador, ese país verde al cual tanto amó y cantó Carrera Andrade, y donde finalmente regresó a morir.

Hoy regreso del fondo de los siglos.
Traigo en mi cráneo, cántaro de hueso,
toda la historia humana,
los ríos de la tierra disueltos en mi sangre
y todas las señales de la espada en mi cuerpo¹¹

Ecuador, mi país, esmeralda del mundo
incrustada en el aro equinoccial...
Ecuador, vuelvo a ti con vestido de sacerdote
para danzar sobre tu seno verde,
danzar hasta morir
oyendo como late
tu corazón antiguo de pimienta y adobe¹²

Es decir le quedaba su país y la muerte, los dos puertos finales que nos restan a todos los hombres. Esas próximas huellas que también e indefectiblemente seguiremos un día. ■

11. «Linaje», de *El alba llama a la puerta* (edición e introducción de Enrique Ojeda), Nueva York, Las Americas Publishing Company, 1968.
12. «Alabanza del Ecuador», de *Boletines de la línea equinoccial*, citado por Claude Couffon en *Jorge Carrera Andrade. Registre du monde*, París, Colección Orpheé, 1997.